

Homenaje a don Enrique Molina en la ciudad de Concepción

DISCURSO DEL SEÑOR SALVADOR GALVEZ

Director del Instituto Comercial, Profesor de Química de la Universidad
y miembro del Directorio de la Institución

Damos en seguida el discurso que pronunció a nombre del Directorio, personal docente y administrativo de la Universidad el Profesor señor Salvador Gálvez.

Señoras, señores:

Según el escritor inglés Carlyle el progresivo desarrollo material, intelectual y social que han alcanzado los pueblos y las naciones se debe, en gran parte, a la acción de unos pocos hombres que periódicamente aparecen en el campo del intelecto.

En nuestra vida educacional, sobre todo de nuestra ciudad, en los últimos treinta años, el progreso cultural y pedagógico se debe, en mucha parte, a la acción fecunda y tesonera de un educador de relevantes cualidades, don Enrique Molina.

Es temerario para un hombre dedicado al estudio de las ciencias y sin dotes literarias como yo, pretender dar a conocer la personalidad de don Enrique Molina, en la forma que él la merece y que debe hacerse, a fin de que ella pueda servir de aliciente a la juventud estudiosa de nuestro país. Pero el aprecio, el alto concepto que tengo por este querido educador

y eminente ciudadano me han dado el coraje para aceptar la honrosa representación del Directorio, Consejo y personal docente y administrativo de nuestra Universidad, en este merecido homenaje que hoy le rendimos al cumplir cincuenta años de labor docente. Cincuenta años al servicio de la educación y de la patria, cincuenta años de sacrificios y luchas vigorosas, de esperanzas siempre renovadas en el triunfo de los grandes ideales.

Uno de los acontecimientos más trascendentales en la vida educacional de nuestro país ha sido, sin duda, la fundación del Instituto Pedagógico, en 1889, por la intensa labor que han desarrollado sus egresados en bien de la educación nacional a través de toda la República y aun del continente, y en el desarrollo de la cultura general, ya sea en literatura, historia, ciencias, etc.

Su creación fué la consecuencia natural de la necesidad de que la educación fuera impartida y dirigida por profesores científica y técnicamente preparados.

A fines del año 1892 terminaba sus estudios el primer curso del Instituto pedagógico y egresaba don Enrique Molina con su flamante título de profesor de Historia y Geografía y de Gimnasia. Poco más tarde obtenía su título de abogado. Pero don Enrique Molina, formado en las disciplinas de sus maestros del Pedagógico comprendió, desde los primeros momentos, que ninguna herramienta era más eficaz para el desenvolvimiento de una democracia, que el fomento de la cultura general por medio de la educación. Por eso prefirió la enseñanza a la abogacía.

Nombrado primeramente profesor del Liceo de Chillán, pasó más tarde al Liceo de Concepción.

Como él lo ha dicho más de una vez, «la situación en que se encontraban los liceos, por esa época, era deplorable. Los profesores eran todos improvisados, el ambiente moral, sus edificios y material de enseñanza dejaban mucho que desear».

En ese ambiente actuó don Enrique Molina con muchos de sus compañeros de curso. Desde sus primeras lecciones comprendió, como él muy bien lo dice, que era más eficaz educar que instruir. «No me tentaba la técnica de la enseñanza, ha escrito, y de algunos defectos que de esto se derivan, no me he corregido nunca. Me atraía la comunicación de las almas, el fuego que en ellas se enciende, tanto en el maestro, como en el discípulo, las simpatías mutuas que se despiertan al calor de la obra educativa». «Siempre me acerqué a mis discípulos con espíritu de comprensión y cariño».

En 1905 fué nombrado Rector del Liceo de Talca. La acción del señor Molina en este establecimiento fué de gran eficacia para la reorganización que se vió obligado a realizar. Se rodeó de un selecto profesorado, implantó una disciplina basada más en la persuasión que en el castigo y pronto obtuvo el fruto de sus desvelos colocando al Liceo de Talca entre los mejores del país.

Después de varios años de fructífera labor pasó a dirigir nuestro Liceo de Concepción donde todos conocemos su obra y permaneció en él hasta obtener su jubilación después de más de cuarenta años de una acción tesonera y fructífera.

Pero su labor como educacionista liceano no sólo se concretó a dirigir y mejorar los establecimientos confiados a su dirección y a desarrollar con brillo y dinamismo sus lecciones de profesor. Ha terciado con brillo, en cuanto Congreso Educacional se ha celebrado en nuestro país y en muchos del extranjero. Ha contribuído con sus trabajos y escritos a la cultura y educación general. Su obra «Educación Contemporánea» sigue siendo el más completo resumen de la orientación espiritual que el autor ha querido ver imperar en la enseñanza secundaria.

Pero fué aquí, en esta ciudad apacible y de recios abolen-
gos, donde don Enrique Molina comprendió que era algo fundamental echar las bases de una Universidad, no sólo para facilitar la cultura universitaria a la juventud de las provincias

sureñas, sino también, como lo ha dicho un autor, «para conseguir la descentralización de la cultura, anhelo muy legítimo de provincia próspera que tiene necesidades que satisfacer.

No deseo entrar a detallar la actuación que le ha cabido a don Enrique Molina en nuestro Instituto Universitario; sólo me resta decir, interpretando los anhelos de todos los universitarios penquistas, que deseamos que continúe al frente de nuestra Universidad por muchos años, para que no sólo nos sirva de estímulo, sino también, para poder ver realizadas todas las aspiraciones que bullen en un organismo joven, anheloso de llegar a la cúspide de su progreso.

Trabajador infatigable, estudioso empedernido, ha enriquecido su intelecto y atesorado experiencia con numerosos viajes al extranjero. En Estados Unidos ha conocido directamente la vida universitaria; en Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, etc., ha estudiado los temas de su especialidad intelectual y ha investigado en instituciones de educación, siempre poseído del deseo de aquilatar en qué grado pueden ellas servirnos de modelo y de estímulo para mejorar y acrecentar lo nuestro.

Desde muy joven su ponderado equilibrio intelectual lo llevó a las disciplinas filosóficas y ya en 1912 publicaba en París uno de sus mejores libros «Filosofía Americana», seguido por la Filosofía de Bergson, el estudio paralelo de Guyau y de Bergson publicado con el título de «Dos filósofos contemporáneos», y más tarde «Proyecciones de la intuición», libro que, según uno de sus admiradores, en esa materia debe considerarse como el más completo y profundo que se ha publicado en Chile. Completan estos trabajos los libros «Por los valores espirituales», «De lo espiritual en la vida humana» y una «Confesión filosófica».

Todos estos trabajos han colocado al señor Molina, a juicio de los entendidos, entre los primeros filósofos de nuestro continente.

No podía escapar a este ciudadano de corazón amplio y bondadoso, los estudios de carácter social y de carácter público. Desde sus divagaciones y peregrinaciones en compañía de Alejandro Venegas, tanto en Chillán, como en Talca, en que estudiaban problemas sociales, se nutrían en observaciones de la vida real y en el ambiente social y político de la época, lo llevaron a participar en acontecimientos públicos y pronunciar discursos y conferencias hasta culminar, no hace muchos años con su libro «La revolución rusa y la dictadura bolchevista», libro editado por la Universidad de Chile, lleno de enseñanzas y sugerencias.

También numerosas conferencias y charlas sobre materias de su especialidad, tanto educacionales como filosóficas, han sido escuchadas en nuestra ciudad, en nuestro país y en el extranjero. Sus observaciones sobre instituciones educacionales, sobre intelectuales y filósofos, recogidas en sus viajes por diversos países, captando observaciones profundas sobre regímenes de vida, sobre moral social, ideales de los pueblos, etc., han sido resumidas en sus libros «Por las dos Américas», «De California a Harward» y «Peregrinaciones de un universitario».

En rápidas y gruesas pinceladas hemos querido dar a conocer la obra de don Enrique Molina y la trayectoria ascendente que ha seguido su vida limpia y clara, por un camino amplio y lleno de luz, un camino de ascensión que va desde el joven pedagogo idealista, hasta el alto y dignísimo cargo de Rector de una Universidad y de Superintendente de Educación Nacional.

Y aquí lo tenéis, señoras y señores, después de cincuenta años de labor, no como el poeta que a los treinta años sentía el alma apagada y fría, sino con el vigor de una vida metódica y sobria, con el alma llena de calor y de fe en la labor por realizar y en los nuevos frutos que espera obtener.

Y pensar que este hombre extraordinario lleva una vida sencilla y retirada, habla el lenguaje claro y preciso de los hom-

bres de bien. No hay en él jactancias ni excesos, violencias y renunciaciones. Afectuoso y leal, sabe ser enérgico y decidido, siendo al mismo tiempo reflexivo, estudioso y ordenado en el momento que proyecta y estudia sus acciones y sus obras. Se explica, de este modo, la seguridad que tiene en sí mismo. Su personalidad se impone cualquiera que sea el medio en que actúe con inmediata prestancia y su esbelta y distinguida figura nada tiene de la espada de acero toledano, como han dicho algunos, sino mucho de la fibra que trabaja y se transforma.

En los cincuenta años de labor intensa y fecunda que se prolonga en múltiples direcciones, el señor Molina ha saboreado la satisfacción de muchos éxitos; pero también debe haber sentido, más de una vez, los amargores y sentimientos no placenteros que se experimentan en toda obra grande que se realiza. Pero él ha contado, gracias a sus relevantes prendas personales, con la ayuda y la voz cálida y reconfortable de los que verdaderamente lo estiman; y, sobre todo, de las atenciones, cuidados y palabras de cariño, de amor y de estímulo de una esposa digna y ejemplar.

Grande es la personalidad de don Enrique Molina como escritor, pensador y filósofo, pero más grande aun, para nosotros como educador, impulsando con ordenada inteligencia el progreso y la evolución de nuestra juventud estudiosa y de nuestra Universidad.

Y como todos nuestros esfuerzos tienden hacia el porvenir como profesor, he querido mostrar, malamente, la personalidad de don Enrique Molina, la grandeza de su labor noblemente realizada, como una clara lección silenciosa y elocuente de cómo puede la vida dignificarse, enaltecerse y hacerse digna de ser vivida.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL CENTRO DE DERECHO, SEÑOR EMILIO RIOSECO

El siguiente es el texto del discurso pronunciado por el Presidente del Centro de Estudiantes de Leyes, señor Emilio Rioseco:

Señor Rector, señores:

La sinceridad y la gratitud, atributos por excelencia del alma joven, no ocultan hoy en los estudiantes universitarios la aspiración de manifestarse en este espléndido y merecido homenaje.

Ved en mis palabras—señor Rector—la concreción de ambos sentimientos juveniles que, si están destinados a ennoblecer y alegrar nuestras vidas hoy abren las puertas de todos los corazones para alegrar la vuestra.

Y al traer la voz de los alumnos de la Universidad de Concepción, creedme—señoras y señores—que dudo interpretar fielmente tan caros y sentidos afectos. Mirad, yo no sé que admirar más en la figura de nuestro gran Rector, si el brillo de una inteligencia y el temple de una voluntad cincuenta años destinadas a dar algo de sí mismo a los demás o el espíritu siempre joven de quien ha cimentado una obra que es grandeza y eterna juventud. Es que son éstas, virtudes inseparables en el alma del gran maestro, energías poderosas que han buscado el sacrificio para la verdad, la verdad para el ideal y el ideal para el progreso. Y fruto de semejantes virtudes, unido a genial y esforzada idea, en esta sólida estructura universitaria, cuyo artífice espiritual sois—señor Rector—y cuyo contenido vital limita en esos cuatro puntos cardinales, proyección magnífica de vuestra acendrada personalidad: Sacrificio, Verdad, Ideal, Progreso.

Mas, la obra se destaca por sí sola; allí está ella denotando la genial concepción de su principal creador que, cual águila del

pensamiento, quiso volar más alto a trueque de ver más lejos. Sí, habéis tenido—señor—al trazar las líneas de este nuevo Instituto la visión feliz del futuro cultural de Chile y de América, y ante el ciclón helado de negaciones, de soberbia y de materialismo que devasta al mundo, habéis creído en aquellas palabras grandes de Ortega y Gasset: «Cada nación tiene el privilegio de cambiar el ritmo de la Historia». Y esta juventud, mezcla de nobleza y emociones; anhelos y virtudes, ve en vos, por sobre todas vuestras preclaras cualidades, al gran precursor de un movimiento espiritual y cultural que, en verdad, está llamado a contribuir al cambio del ritmo de la historia. Ella se une, en torno a vuestro más sentido anhelo: la Universidad, al servicio de la personalidad humana y al servicio de bien social; concepciones que ya dibujan sus exigencias en el devenir de nuestro siglo y en las almas de una generación que se levanta.

Y toda vuestra obra, tendiendo en el horizonte del tiempo sus líneas de esfuerzo y progreso, gesta estos nuevos principios para una mejor sociedad que debe venir.

Hoy, pues, la juventud quiere deciros que cree, confía y trabaja a vuestro lado en esta grande y trascendente misión, dirigiendo las facultades todas de su alma en el sentido de hacer de la Universidad un foco de cultura renovadora en la vida individual, profesional y social.

Cultura es esta, que supone disposición del alma a la vez que conocimientos y técnica, cultura que es, especialmente, ética en la rama del saber que hemos abrazado; moral, en los actos todos de la vida del hombre.

Sabemos que sin esta base, no habrá jamás verdadera ni sólida cultura y vemos en nuestro Rector y en esta insigne Universidad dos grandes baluartes, en defensa de la grandeza de estos imperecederos valores.

Tanto desde la cátedra como a través de vuestras obras; en vuestros viajes de confraternidad continental y universitaria

y, en suma, en cada uno de los actos que caracterizan vuestra intensa actividad de Rector, son estas ideas renovadoras las que los inspiran y proyectan hacia el futuro con los caracteres vigorosos e indelebles de la obra que muestra en esperanza el fruto cierto,

Ellas alientan vuestros pensamientos en la creencia de la unidad cultural de América cuando, al otro lado de los Andes, vértabras de un solo cuerpo más que geográfica separación; decíais que: «A nuestras universidades corresponde tender lazos culturales llamados en el tiempo a borrar, en más de un sentido, las fronteras americanas». Es que sois, por sobre todo, profundamente chileno e intensamente americano.

Y semejantes ideales, que ya se vuelven realización y determinan la acción universitaria, son—señor Rector—nuestros propios y firmes ideales.

Al rendiros, pues, con toda la sinceridad del alma joven el tributo agradecido de nuestra admiración, con motivo de vuestras bodas de oro en la enseñanza nacional, renovamos el firme propósito de dirigir nuestra acción por el esfuerzo y por el sacrificio hacia un mayor perfeccionamiento profesional y social.

Recibid este homenaje y aceptad esta promesa—señor—como el mejor obsequio de una juventud universitaria a la cual guía la luz y perseverancia de vuestro espíritu y la grandeza y bondad de vuestro corazón.

DISCURSO DEL DR. SEÑOR GUILLERMO GRANT B.

Profesor de Clínica Médica, Director de la Escuela de Medicina y miembro del Directorio de la Universidad de Concepción

Señor Rector:

Soy en estos momentos, depositario de honrosa y difícil misión, la de ofreceros, en nombre del personal docente y administrativo de la Universidad, esta manifestación; simbólica,

porque exterioriza afecto y gratitud; merecida, porque es homenaje al maestro, honra y pres de nuestra ciudad y de nuestra Patria.

Los cincuenta años de dedicación a la enseñanza que hoy, señor Rector, ostentáis como la joya más preciada de vuestra vida, nos hacen reunirnos en torno vuestro, para compartir con vos momentos de verdadera felicidad espiritual, y transparentaros así nuestra admiración, nuestro afecto y nuestra gratitud.

Sabemos que han sido cincuenta años dedicados por entero a la noble y difícil misión de enseñar, en los que el sacrificio y el renunciamiento de sí mismo, han sido las preciosas fuentes de donde han manado el néctar del saber y del recto querer para formar las inteligencias y modelar las voluntades.

Ilustración, rectitud, valentía, bondad, he aquí cualidades hecha carne en vuestra alma y que habéis ofrecido durante diez lustros, a quienes son, en vuestros propios labios, «La juventud, eterna promesa de renovación».

En el plano de los valores humanos, con acierto los ingleses graban en la mente de las jóvenes generaciones, esta sabia sentencia que, con letras inmarcesibles aparece en la tradicional Universidad de Oxford: «Los actos hacen al hombre». ¡Qué grande e imperecedera verdad! Y vuestra vida, señor Rector, no ha sido sino la más fiel realización de ella.

Los actos que nos señala vuestra fecunda vida de maestro, que a honor tengo haber seguido con verdadera admiración, desde aquellos de intensa y acabada pedagogía secundaria, hasta estos inmediatos y no menos esforzados que os ha impuesto la creación, mantenimiento y dirección de nuestro Instituto superior, vuestra gran obra, bastan para juzgar el alma grande y la contextura moral del hombre, cuya inteligencia y cuyo corazón, presididos por férrea y tenaz voluntad, se han ofrecido por entero a grandes causas y a trascendentales realizaciones.

La grandeza de la patria, estriba, no sólo en el origen y espíritu de su raza, en su historia o en sus instituciones, sino

también en las figuras prominentes que, en todo momento contribuyen a su civilización, a su progreso o a su cultura. Es por esto, que nuestra ciudad, que nuestra Patria, tiene justo motivo para ver en don Enrique Molina, al genuino paladín de las grandes causas y de los grandes principios, desde aquellos que significan el enaltecimiento de la personalidad humana, hasta los inmediatos y urgentes imperativos que hemos erigido para la defensa de nuestros intereses regionales. Todo preocupa su actividad de hombre de acción, para todo tiene alistada una voluntad decidida y un corazón generoso.

No habrá pues, homenaje más merecido que el que hoy ofrecemos a este grande hombre con ocasión de cumplir sus bodas de oro en las actividades docentes, oportunidad feliz, en la que la sociedad de Concepción y el personal universitario le expresan sus sentidos agradecimientos al maestro por antonomasia, al que es el orientador de la más grande de las obras que han surgido en el suelo nuestro, director de un movimiento cultural de proyecciones incontenibles en el espacio y en el tiempo.

Concretando tantos sentimientos, más fáciles de sentir que de expresar, yo os invito, señores, a levantar esta copa por don Enrique Molina, por la distinguida y abnegada compañera de su vida, a quien le corresponde en la tarea la parte que, por ser más sutil, es también más sentida, la de compartir sacrificios y triunfos; por su salud bebamos este vino, símbolo de lealtad y afecto, haciendo votos porque por muchos años, contemos con la ilustración y la sabia dirección de nuestro gran Rector, ¡salud!

DISCURSO DEL SR. ARTURO ECHEVERRI GUZMAN

Señor Rector, señoras, señores:

Hoy, la suerte y las circunstancias me han deparado el alto honor de expresar a nuestro querido Rector, el sentimiento unánime encerrado en el corazón de todo Latinoamericano que en busca de ciencia ha llegado hasta las aulas de nuestra Universidad.

Antes de pisar sus puertas sentimos sobre nuestras cabezas el peso inmenso de la desorientación, mezcla de recelo a lo desconocido y nostalgia por la patria y el hogar lejanos.

Una vez transpasado el umbral, y cuando por vez primera nos encontramos frente al gran maestro que ha de ser nuestro guía en la ardua lucha que hemos emprendido, nos parece que desciende milagrosamente del alto pedestal donde nosotros lo imaginábamos, para llegar a nuestro encuentro lo mismo que un padre súbitamente alborozado hacia la novedad del hijo que regresa sin la cordial anunciación.

Entonces, la tranquilidad vuelve a nosotros; la nostalgia va cediendo terreno al naciente amor por nuestro nuevo hogar, y comprendemos como en el Trino y Uno de la mística religiosa, el Ayer, el Hoy, el Mañana. Aquel pasado humilde de nuestra Universidad, cuya historia precoz reclamó el caldo espiritual de un aeda antiguo: el presente, guardador de la presente herencia cada vez más limpia y el porvenir que aglomera sus albas nuevas sobre un bosque de hierro y cemento.

Esto lo comprendemos porque en ese momento hemos conocido a don Enrique Molina, el soñador que soñando despierto concibió para Concepción una Universidad, y que para realizar su sueño no contó con el soplo divino de un Dios, que

crea sin esfuerzo, sino con las ciclópeas lanzas de su entusiasmo febril y el amor a su abnegada profesión.

Al honrarlo la Universidad esta noche, hónrase a sí misma, realizándose de esta manera un capítulo que se le olvidó a Cervantes y el sueño en que don Enrique Molina nunca soñó.